

Formio ó cualquiera otra transacion diplomática que pueda comprometer la nacionalidad italiana, hemos protestado ante todos los pueblos de Europa.

En esta protesta hemos espuesto nuestros antecedentes y nuestra posición actual, declarando que queríamos continuar combatiendo hasta que nuestra nacionalidad esté asegurada.

Y ahora nos dirigimos al corazón de nuestros hermanos.

Los desastres que agoviaron la Francia en 1814 nos quitaron á nosotros derechos considerables. La Santa Alianza de los reyes contra los pueblos conspiró contra vosotros para quitaros la libertad; contra nosotros, para quitarnos hasta el nombre de nación.

El Austria, autora principal de vuestros males, se apoderó de nuestra cara patria, la trató como esclava conquistada y prohibió á los hombres hasta el derecho de pensar. Nos trajo males que vosotros, hermanos, no habeis conocido jamás. Temblamos! pero ay, todos nuestros esfuerzos fueron por largo tiempo comprimidos!

Pero el día ha llegado en que vosotros tambien, aunque menos desdichados que nosotros, habeis sacudido el yugo que pesaba sobre vosotros, y para siempre, en fin, os habeis hecho libres. El 24 de Febrero fue para vosotros, hermanos, un día de gloria y para nosotros un día de esperanza.

A la proclamacion de vuestra gloriosa República, á la santa trinidad proclamada por vosotros, Libertad, Igualdad, Fraternidad, la Italia se ajitó, y algunos dias despues quiso poder presentarse ante vosotros y deciros: Hermanos, abrazadme, soy en fin digna del nombre de nacion. He arrojado á nuestros enemigos, nuestros opresores, nuestros dueños infames que me habian humillado, y vosotros, hermanos, os habeis estremecido de gozo al saber nuestros esfuerzos, y siempre jenerosos, como conviene á los bravos, nos habeis presentado vuestro brazo invencible diciendonos con el acento de la fraternidad: ¡Oh hermana! ¡bella y desgraciada Italia! ¡Dios te ha creado para ser una nacion, y los reyes han destruido tu grandeza! Escucha; salida de una larga esclavitud por tu entusiasmo patriótico, no eres bastante fuerte para rechazar las hordas bárbaras que se multiplican, yo te sostendré. No temas mi fuerza; no quiero hacer ya conquistas, quiero la libertad y la independendencia para todos.

Pero nosotros no tenemos aun el derecho de aceptar una oferta tan jengrosa, y dijimos: hermanos, esperad, debemos probar al mundo que somos dignos de la libertad y de la independendencia, dejadnos combatir; si la victoria es nuestra, os regocijaréis de nuestro triunfo; si, por el contrario, sucumbimos bajo el peso de la fuerza brutal, os llamaremos, entretanto estad prevenidos.

Nos hemos batido y no nos ha faltado fuerza, voluntad ni valor. Vosotros sabeis por qué estamos arinconados al pie de nuestras murallas.... ¡Oh! haced que lo olvidemos!

Vosotros nos conoceis, hermanos; hemos combatido en vuestras filas, nuestra sangre ha corrido por vuestros intereses en campañas gloriosas, los lazos que nos unen han sido sellados por millares de muertos que reposan bajo un mismo terreno; vuestros destinos nos tocan de cerca, los nuestros deben igualmente ser preciosos.

Hermanos, acudid, acudid pronto á salvar la Italia que os llama. ¡A las armas! En Italia la victoria es vuestra. Os esperamos, hermanos, en la ciudadela de la independendencia italiana. Aquí gritaremos juntos ¡abajo el absolutismo! ¡viva la independendencia de las naciones y de los pueblos libres todos y hermanos! ¡Viva la libertad, la igualdad, la fraternidad! ¡Viva la República francesa! ¡Viva la Italia su aliada!

(Correo de Ultramar.)

VARIEDADES.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

(CONTINUACION.)

Debe de ser muy tarde; dijo ella, con voz baja y lijera- mente alterada, que manifestaba su viva emocion interior. Ya será hora de retirarnos.

Luisa se levantó y se apoyó al brazo de María, caminando así las dos largo tiempo en el mayor silencio.

¡Ah! dijo María con la misma voz turbada: ahora que lo sé todo, te respeto y te quiero mucho más. Pero te compadezco, no solo porque hayas amado, sino porque amarás sin duda todavía á esa monstruosa criatura, loca de orgullo; te compadezco porque vivirás en una ansiedad que ni el trabajo ni el sosiego de este retiro, bastan para calmar; ¿y quién puede asegurarte que de repente dentro de este mismo hospicio, no te haga oír una casualidad el nombre y la vida de ese jóven fanático?

—Ay de mí! esta idea, es el tormento de mi vida; dijo Luisa estremeciéndose!

pital. De resultas de los acontecimientos de 15 de Junio y las escaramuzas entre la guardia nacional, la tropa de línea y los grupos de republicanos de Saint Mery, habian sido conducidos á S. Luis un sinnúmero de heridos, y depositados precisamente en las salas de San Agustin.

El jóven doctor, el cirujano principal, acudió inmediatamente á su puesto, siendo admirable por la actividad y celo tan bien entendidos con que hacia distribuir y distribuía por sí mismo los socorros. Los discípulos internos y esternos, las hermanas, y las nuestras las primeras (por estar á su cargo las salas de los heridos), hasta los enfermeros, todos, se habian reunido allí con la mejor voluntad, y eran dirigidos con habilidad y energía. En muy pocas horas (y era casi media noche), estaban ya tantos heridos habian entrado, visitados, curados, explorados u operados, segun la necesidad de cada uno.

Continuaron viniendo camillas durante la noche, aunque en corto número: todavia vinieron algunas por la mañana; pero pocas.

Las salas se llenaban; pero sin amontonar en ellas los enfermos. El jóven doctor no descansaba un momento en su asistencia, acudiendo á todo en persona, en mangas de camisa y remangado.

Aquella madrugada se supo que el foco de los revoltos se habia atrincherado en algunas casas, donde mostraban abandonar su puesto; y ademas la lluvia habia hecho dispesar á los curiosos, y á los aficionados á revueltas. Así es que la revolucion de Junio ya parecia haberse sofocado.

Concluía el día 6 de Junio; trajeron la noticia de que no habia ni combate ni resistencia por ninguna parte; por lo cual no se esperaban nuevos heridos. Nuestras dos hermanas salian de la sala de S. Agustin para ir á descansar un rato hasta la visita acostumbrada á la celdilla de la hermana (1); cuando de repente se vió entrar una camilla cubierta, y Luisa y María volvieron á entrar para ayudar á los enfermeros á acostar al enfermo.

No hubo que ir muy lejos; pues estaba casi llena la sala, y las últimas camas desocupadas muy cerca de la puerta.

Descubrieron la camilla. Luisa dió un grito ahogado, y se puso pálida; y hubiera caido de espaldas, si la multitud apiñada de los discípulos y de los enfermeros no la hubiera sostenido.

—Ved aqui una madre muy poco aguerrida! dijo un estérno; ¿es acaso alguna novicia?

—Silencio; vos sereis el novicio, le respondió con dureza un interno, cuando habláis tan inconsideradamente de nuestras madres, y mas sin conocerlas.

Y el coloquio no pasó adelante; pues el negocio de mayor importancia era el de prestarle todo auxilio al jóven que habian traído, en un estado al parecer, desesperado. Habia perdido los sentidos: su pecho inundado en sangre, no permitia distinguir el sitio de la herida, pero segun todas las apariencias era horrible y de muerte.

Luisa hizo un esfuerzo, y arrastrándose hasta fuera de la sala, habia conseguido llegar á la celdilla de la hermana. Allí estuvo un cuarto de hora esperando en la mayor ansiedad.

Al fin entró María.

Ah! María! exclamó Luisa; ese jóven que acabas de ver es él: es Julio. Dime, ¿cómo queda? Ha muerto, ¿no es verdad?

—No; Luisa mia, Julio vive: ya conocí en el ay tuyo que era él; respira, que no ha muerto; se le han encontrado pulsos: únicamente se le ha lavado la herida, que es grave; pero no se le ha curado porque les ha parecido mejor aguardar al doctor, que no tardará un instante en llegar.

—Pero yo quiero asistirlo como á los demas; este es mi deber exclamó Luisa. Oh! yo le velaré! Acaso Dios me le envía.

Sí, acaso; dijo María: pero enjuguemos estas lágrimas: sepamos ocultar mejor nuestras penas! Despues bajaremos á rezar nuestro rosario á la capilla, que ya tocaron la campana, y nuestras hermanas se habrán reunido: mayor necesidad tenemos que ellas, de rezar y de estar tranquilas.

Llegó el doctor, que apenas hacia una hora que faltaba de allí, y el tropel de discípulos le llevó casi en volandas hasta la cama del nuevo herido.

Examinó la llaga muy detenidamente, y con aire reflexivo: reinaba un profundo silencio.

—Observad, Manuel, dijo en fin á uno de sus internos favoritos. La maldita bala que ha entrado en medio del pecho, ha debido pasar de rebote por la columna vertebral sin romperla! ¿por qué no le habrá dado gana de volver á salir por el mismo agujero que ha hecho? ¿A dónde la iremos á buscar ahora?

Entonces, comenzó en voz baja una discusion entre los discípulos, sobre las observaciones del maestro.

—Silencio: señores, dijo el doctor: ahora no se trata de

discusiones; se trata de lo que mas importa; que se siga la dirección de esta bala, y ver como podemos desalojarla de ahí.

La exploracion fue cruel, y sin fruto alguno. Ella sacó al enfermo de su estupor, haciéndole abrir unos grandes ojos.

—Os hacemos mucho mal, dijo el doctor; no podierais, jóven guiaros vos mismo? No sentís un sitio mas dolorido, y en el que os parece haberse fijado la bala mas que en ningun otro?

—Yo siento, señor, en el pecho una cosa que me ha traspasado de muerte. Y como no tengo remedio, lo único que deseo es que me dejen morir sin atormentarme mas.

—Bien está; jóven: trataremos de aliviarnos y sin que padezcamos, dijo el doctor; y se retiró con su jente.

Y volviéndose despues á María, madre, la dijo, esta noche, al enfermo nada mas que agua de goma con azúcar.

—Pues que, este jóven esta sin esperanzas? respondió ella apretando al doctor fuertemente el brazo cuando se alejaron todos los que rodeaban la cama.

—Sin esperanzas? repitió el doctor sorprendido de la pregunta y ademan de la buena religion. Ah! nada de eso, madre mia. Todo dependerá de la operacion de la sonda, y de la extraccion que haremos mañana.

Luisa habia conseguido dominarse. Habia puesto su corazón en Dios, y se sentia llena de valor y fortaleza. María para animarla todavia mas, la informaba prudentemente de todo. Desde las últimas noticias no desesperaba, pero tampoco tenia ninguna confianza. Ademas, por el interés de su tranquilidad, la obediencia á sus votos religiosos, el respeto que se debía á sí misma, la consideracion de su suerte futura, y tambien fuertemente aconsejada por su amiga, habia formado la resolucion de no darse á conocer á Julio, bien sobreviviera, ó bien sucumbiese. Pero sin dejar por eso de cumplir su deber como hermana, estando á su lado en las horas de la noche, cuando la oscuridad de la sala, alumbrada con escasa luz, le permitiera comparecer en ella impunemente. Pensando que Dios no se lo prohibia, solo á oscuras estaba á su cabecera. No lo abandonó en toda aquella noche, que el enfermo pasó muy ajitado, y con bastante calentura.

Tuvo un delirio sordo continuo. Las palabras que pronunciaba eran confusas é ininteligibles, excepto dos ó tres, que repetia muchas veces, y en voz muy baja; pero que ella sin embargo percibia distintamente; Luisa! pobre Luisa! amada Luisa!

En medio de aquel velar amargo y en noche tan angustiosa para la triste hermana, fueron estas palabras un consuelo mezclado de gozo y dolor.

El día siguiente á las dos, ya estaban hechas las dos visitas de los heridos; y ejecutadas las operaciones detenidas; no quedaba otro enfermo que Julio. Antes de operarle para la terrible extraccion, el doctor quiso obtener en forma de consulta médica, el dictámen de los profesores Bielt y Eymery, médicos principales del hospital; y estos opinaron que era preciso hacer la operacion con la menor probabilidad que hubiese.

Ya el doctor seguido de toda su comitiva, se inclinaba con el mayor silencio y gravedad al lecho del paciente. El momento era crítico.

—¡Y bien! jóven, le dijo: ¿os hallais mas decidido esta mañana? ¿nos autorizais á aventurarlo todo?

—Todo, respondió Julio con una determinacion extraordinaria. Durante algunas horas de alivio y calma, que despues de su delirio, de la noche habia tenido aquella mañana, al ver un sol hermoso iluminar las cortinas de su cama, habia formado esperanzas de vivir!—¡Era tan jóven! y eran tan sagrados los motivos que entonces tenia para amar la vida!

La sonda introducida con mas osadía, habia logrado tocar la bala.

Larga y cruelísima fue la operacion. Duró diez y siete minutos. Fue estraida la bala arrastrando consigo algunas particillas del pulmon, sitio donde se habia introducido.

El jóven fué un héroe. No exhaló siquiera un suspiro. El doctor ya no podia tenerse de pie; estaba exánime; y por su anchura y pálida frente corria á raudales el sudor.

—¡Ahora bien! jóven, le dijo con tristeza; al presente buena esperanza tenemos de sacaros del paso.

—Gracias, respondió Julio con dolorosa sonrisa.

(Se continuará.)

PUERTO-RICO 9 DE NOVIEMBRE DE 1848.

SUSCRIPCION A FAVOR DE LOS EMIGRADOS DE LAS ANTILLAS FRANCESAS.

(CONTINUACION.)

Pagos. Cts.